

Interpelación a la fe y a la razón

Javier M. Iguñiz Echeverría

El reto que la vida de los demás impone a un cristiano universitario tiene un componente intelectual. Es común presentar la tarea para el pensamiento como una de diálogo entre fe y razón, entre fe y cultura. Sin duda es así, pero ya sabemos que ni la fe ni la razón son fortines inmunes al cuestionamiento. ¿Cómo ir las depurando para que se enriquezcan?

Una pista es la que propone el padre Gutiérrez quien insiste desde hace años en que el principal asunto para la teología en América Latina no es el cuestionamiento a nuestra fe cristiana que proviene de otras religiones, tampoco las críticas de los no creyentes, agnósticos o ateos; es, más bien, el hecho que hay quienes tienen la experiencia cotidiana de ser tratados como no-persona, esto es, de “[...] aquel a quien el orden social existente no reconoce como tal...”. Los dos primeros deben ser cuestionamientos importantes dentro de la comunidad universitaria y parte importante de su labor, pero la interpelación del que es tratado como inexistente, como insignificante, como persona ignorada por la sociedad, sería el objeto de mayor cuestionamiento tanto a la fe cristiana como a la razón. Esa interpelación debe ser el principal acicate para el estudio de cualquier profesión. Nos parece, que sólo depuradas ambas, por el reconocimiento de todos los demás como auténticos hermanos, pueden entrar con mejor pie en un diálogo entre sí y colaborar a su mutuo enriquecimiento.

Para eso, nos parece necesario recordar la primacía de la caridad y de la responsabilidad no sólo en ámbitos más privados, sino en el público. “La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda ley (cf Mt 22, 36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo, no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas.” (CV 2).

Nuestra universidad debe entonces asumir un papel importante en la sociedad, pero debe inculcar con especial acento y en todas sus actividades la sensibilización hacia los que la sociedad ignora o trata como insignificantes. No es fácil. Una gran fuente de pérdida de autoridad moral de los cristianos en la sociedad y el debilitamiento de su capacidad de convocación a la fe cristiana a personas de buena voluntad, me parece que se encuentra en el hecho de que América Latina sea a la vez el continente con mayor proporción de población que se declara Católica y aquel cuyos países estén entre los más desiguales del mundo en distribución del ingreso. Debemos adquirir conciencia de que, al respecto, estamos en el continente menos cristiano del mundo. Si a eso le añadimos otras expresiones generalizadas de maltrato como el racismo, la violencia contra la mujer, la aceptación del crimen y de la deshonestidad pública como algo normal o inevitable y a veces, increíblemente, hasta conveniente para servir mejor a la Patria y a Dios, hay que reconocer que llamar a una elevación de la conciencia basada en el diálogo entre la fe y la razón puede ser materia de crítica agresiva. Demasiada gente avala sinceramente todo lo anterior con su conciencia tranquila. Aunque siempre nos resistimos a ser interpelados, es necesario cultivar y elevar con humildad estándares mínimos de conciencia y a ello debemos contribuir todos en nuestra universidad.